

### **Vivir en la esperanza, un arte de vivir a (re)descubrir**



*En la planta, las hojas y las flores son belleza,  
los frutos, riqueza,  
mas las raíces son unicamente fortaleza de fe.  
Las raíces son unicamente esperanza,  
incrementada paciente en la oscuridad hacia la luz  
del día  
que no conoce y no verá jamás...  
hacia la flor que no conoce y que su noche nutre.*

*¡Ayuda a las raíces, Señor!<sup>1</sup>*

Hemos supervisado juntas un poco el ámbito de nuestro tema. Os he comunicado cómo „mi esperanza está en el Señor”<sup>2</sup>. Después hemos reflexionado sobre algunas actitudes de la esperanza, contra el individualismo, contra la intolerancia. Sugiero prolongar esta reflexión, tal vez aún más en busca de un arte de vivir en la esperanza, descendiendo poco a poco a nuestro propio ser. Pues ¿no es este uno de los ejes principales de nuestra vida monástica: obrar desde la raíz?

### **Esperar ante ... la indiferencia**

« *Os deseo que resistáis a la indiferencia* ». Este es el mensaje de despedida de una joven de 17 años que acabó con su vida este verano.

La indiferencia ocupa un lugar principal en la lista de nuestras plagas de Egipto modernas. Muy a menudo revela una pérdida de gusto, una pérdida de sentido. Cuando todo me da igual, nada me importa, estoy en gran peligro.



¿Dios? ¿Qué me importa! ¿El prójimo? ¿Qué me importa! Debilitado por el sufrimiento, por la fatiga de una vida en una sociedad dura, el ser humano se construye un depósito de indiferencia, a veces simplemente para sobrevivir, a veces para tener buenas excusas: „¿Qué se va a hacer! ¡No se puede cargar con toda la miseria del mundo!“, se os dirá con un aire de rendimiento, de derrotismo, y con cierto alivio para poder dormir tranquilamente. „No se puede confiar en nadie”, dirán otros. Pero, ¿cómo van a hacer algún día una experiencia liberadora de salir de un encuentro no solamente indemnes, sino que enriquecidos, felices, transformados?

La indiferencia, ¿no la llamamos acedia en nuestra vida monástica? Contra este azote tan combatido por los ancianos, ¿qué es lo que nutre, hace revivir la esperanza? A mi parecer, es

<sup>1</sup> Marie NOËL, *Notes intimes*, Paris, Stock, 1995, p. 171.

<sup>2</sup> cf Sal 39,8.

el respeto que invita a la relación, al aprecio. Una mirada nueva, capaz de re-encantar la vida con toda seguridad.

Una mirada nueva para todas las cosas. En su maravilloso capítulo sobre el mayordomo, San Benito invita a apreciar *todos los utensilios del monasterio como sagrados utensilios del altar* y ruega *no cometer ninguna negligencia*.<sup>3</sup> Invitación a dar sabor a lo cotidiano a través del aprecio con el que usamos hasta las cosas más pequeñas. Invitación a hacer de toda acción una liturgia, un servicio que nos re-vincula al Señor, que nos re-une con los demás, contra la „negligencia” que corta los vínculos.<sup>4</sup> Invitación a vivir una nueva relación hacia las cosas. Christian Bobin escribe: “*Cuando una persona mira precipitadamente algo bello, tiene ganas de guardarlo para sí misma. Cuando lo contempla con la calma que merece, lo ve lleno de luz y ya no desea poseerlo. La gratitud es el único sentimiento que responde a esta claridad que nos llena.*”<sup>5</sup>



Una mirada nueva que descubre en cada persona a un hermano, a una hermana: San Benito, evidentemente siguiendo a San Mateo pero también a otros evangelistas que lo dicen cada uno a su manera, nos exhorta a acoger a Cristo en cada uno, especialmente en el más pobre, en el pequeño, en el indigente<sup>6</sup>. Es comprensible que conozcamos momentos de desánimo ante tantas aflicciones en nuestro mundo, que nos encontremos abrumados por la impotencia. Sin embargo, es Cristo el que nos busca, está aquí, ante nuestra puerta, pidiendo un simple vaso de agua. ¡Maravillosa gracia de una visión beatífica<sup>7</sup> que se nos ofrece! Nos hemos comprometido a buscar a Dios para toda nuestra vida, y he aquí que él se entrega a nosotros tan simplemente. ¿Por qué elevar los ojos al cielo para buscar allí a Dios mientras que él se presenta a nosotros en el más pequeño, en el más pobre, como diría Christian Bobin<sup>8</sup>; indudablemente, no es por nada que en el primer verso de su Regla San Benito nos invita a *inclinarse el oído de nuestro corazón*. Inclinarse hacia abajo, hacia el más pequeño, para oír en él el susurro de nuestro Dios.

La mirada nueva la recibimos también en cada doxología. ¿No es ante la belleza del Dios Trinitario, ante la belleza de nuestro Dios Pobre ante la cual nos inclinamos adorándole? ¿Si fuésemos capaces de recibir la gracia de Balaam, cuyos ojos se abrían mientras él se

<sup>3</sup> RB 31, 10-11.

<sup>4</sup> Quiero dejar abierto el debate sobre la etimología de las palabras religión y negligencia, pero me agrada esta lectura sobre los dos términos en oposición: aquello que “re-liga” y aquello que rompe la ligadura. Ver por ejemplo: Michel Serres, *Statues*, Flammarion, Champs, p. 47. : *Le religieux [est] ce qui nous rassemble ou relie en exigeant de nous une attention collective sans relâche telle que la première négligence de notre part nous menace de disparition. (...) Cette définition mélange les deux origines probables du mot religion, la racine positive de l'acte de relier avec la négative, par l'inverse de négliger.*

Traducción: Lo religioso es aquello que nos reúne o «religa» exigiendo de nosotros una continua atención colectiva, de manera que la primera negligencia de nuestra parte nos amenaza con la desaparición. (...) Esta definición mezcla los dos posibles orígenes de la palabra religión, la raíz positiva del acto de «religar», con la negativa, por lo contrario de descuidar (négliger).

<sup>5</sup> Citado por Cécile BOLLY, *Magie des arbres*, Weyrich, Neufchâteau, 2008, p. 7.

<sup>6</sup> RB 2,2 ; 36,1 ; 53,1.7.15 ; 63,13. San Benito pide ver a Cristo también en el abad, pero es para él una responsabilidad: porque se reconoce que ocupa el lugar de Cristo, hasta el punto de darle su nombre, el abad debe cuidar de que sus propósitos tengan siempre el sabor del Evangelio, y solamente bajo esta condición puede reclamar la obediencia de los monjes...

<sup>7</sup> En este contexto, ver el magnífico capítulo que Arthur Buekens dedica a Mateo 25 en su libro: *Bivouacs... autour d'un Dieu solidaire des humains*, Bruselas, Lumen Vitae, 2004.

<sup>8</sup> Christian BOBIN, *Le Très-Bas*, Paris, Gallimard, 1992.

prosternaba!<sup>9</sup> Entonces nuestra mirada no sería codiciosa, sino que estaría llena de esperanza<sup>10</sup>. Y más aún, ¿no es ante un Dios que se rebaja hasta nuestros pies ante el cual nos inclinamos? ¿No nos inclinamos, también, ante un Dios que nos busca? Y esta doxología, ¿no supera la indiferencia?

### Esperar ante ... la violencia



(Rouault)

Diariamente, los medios nos muestran imágenes de violencia en nuestros países y en todo el mundo. Violencia para ajustar cuentas; violencia en conflictos armados; violencia abusadora de la miseria que, cada 5 segundos, mata a un niño en nuestro mundo. ¡Esto es para desesperar! En nuestros monasterios, raramente estamos situados en los frentes más „calientes”.

Pero, ¿qué sería el „frente” sin la dirección de „detrás”? ¿Cuántos heridos de la vida acogemos en nuestras hospederías?

Nuestras relaciones, ¿están siempre marcadas por la paz pascual? La raíz de la violencia, ¿no está en el fondo de nuestro corazón? ¿No es primero allí donde debemos combatirla, para llegar a ser seres reconciliados, en justicia y solidaridad, para sembrar la esperanza en nuestra tierra sacudida por tanta violencia?

Traspassando la injusticia, la violencia, así es como San Benito nos sugiere escoger la esperanza: ¡releed el cuarto grado de la humildad!<sup>11</sup>

Desde el prólogo, san Benito nos invita a buscar la paz, a seguirla<sup>12</sup>. Muchos monasterios llevan sobre su portería estas tres letras: PAX. ¿Como podemos servir para la paz? ¿Llegar a ser nosotras mismas paz? No es ahora el momento de hacer una larga reflexión sobre la violencia que está dentro de nosotros y aquella que nos ataca. Pero, ¿no es evidente que en la raíz de todo impulso de violencia que me traspasa hay una herida, una violencia sufrida? ¿No puede cada una de nosotras identificar en su existencia una violencia sufrida que puede debilitarle e impulsarle a usar la violencia en su ámbito? Jesús ha asumido nuestra humanidad sufriente, como un verdadero „tope fijo”, sobre el cual el mal ya no encuentra apoyo para difundirse, donde es destrozado sin poder dinamizarse la espiral del mal que esclavizaba a nuestra humanidad: espiral donde el mal sufrido, no asumido, no reconocido, impulsa al ser humano a herir a otros, aunque sea inconscientemente. ¿Podemos adherirnos al proyecto de Dios, es decir asumir la vida en toda su intensidad y llevarla<sup>13</sup>, „estando de pie”, con Jesús? Avanzar desarmadas, en este universo de angustias, reconocer el mal que cada una lleva en sí, para evitar reproducirlo, para llegar a ser con Jesús ese „tope fijo” en el que la espiral de la violencia se estrella<sup>14</sup>. Con Jesús, llegar a ser nueva humanidad.

Si yo, estando atacada por otra persona, supero mi miedo, mi dolor y mi primera defensa espontánea, puedo captar en ese acto violento un grito de angustia, de malestar, de

<sup>9</sup> cf Núm 24,4.

<sup>10</sup> Habría que hacer toda una reflexión sobre el crecimiento del deseo como camino de re-encantamiento ante la indiferencia, un crecimiento del deseo para la obra de la ascesis (cf. el capítulo de la Cuaresma entre otros). Maurice Zundel, cantor del Dios pobre, aclara este punto. ¡Pero tengo que limitarme!

<sup>11</sup> RB 7,38-39 : San Benito nos propone *sufrir por el Señor todas las cosas, aun las más adversas, como dice la Escritura en la persona de los que sufren: Por ti soportamos la muerte cada día; nos consideran como ovejas de matadero*. Y San Benito continúa: *Seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen gozosos diciendo: Pero en todo esto triunfamos por Aquel que nos amó.* .

<sup>12</sup> Prólogo 17, citando el Salmo 34 (33).

<sup>13</sup> Cf. La regla de los empleados de mudanzas: *No arrastrar, sino cargar. No tirar, sino poner.*

<sup>14</sup> Lytta Basset, teóloga protestante, ha contribuido mucho a la actualización de este tema.

desesperación, una llamada de auxilio. Allí mismo, puedo descubrir en el que me ofende a un hermano, a una hermana.

El testamento de Christian de Chergé<sup>15</sup> ha recorrido el mundo; por supuesto que ha conmovido nuestros corazones. Lo conocéis, os lo recuerdo en estas líneas:

*Mi vida no tiene más valor que otra vida. Tampoco tiene menos. En todo caso, no tiene la inocencia de la infancia. He vivido bastante como para saberme cómplice del mal que parece, desgraciadamente, prevalecer en el mundo, inclusive del que podría golpearme ciegamente. Desearía, llegado el momento, tener ese instante de lucidez que me permita pedir el perdón de Dios y el de mis hermanos los hombres, y perdonar, al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiera herido. (...)*

*Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este „A-DIOS“ en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones felices en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío. AMEN! IN SHA'ALLAH!*




---

#### <sup>15</sup> Cuando un a-Dios se vislumbra...

Si me sucediera un día – y ese día podría ser hoy – ser víctima del terrorismo que parece querer abarcar en este momento a todos los extranjeros que viven en Argelia, yo quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recuerden que mi vida estaba ENTREGADA a Dios y a este país. Que ellos acepten que el Único Maestro de toda vida no podría permanecer ajeno a esta partida brutal. Que recen por mí. ¿Cómo podría yo ser hallado digno de tal ofrenda? Que sepan asociar esta muerte a tantas otras tan violentas y abandonadas en la indiferencia del anonimato. Mi vida no tiene más valor que otra vida. Tampoco tiene menos.

En todo caso, no tiene la inocencia de la infancia. He vivido bastante como para saberme cómplice del mal que parece, desgraciadamente, prevalecer en el mundo, inclusive del que podría golpearme ciegamente. Desearía, llegado el momento, tener ese instante de lucidez que me permita pedir el perdón de Dios y el de mis hermanos los hombres, y perdonar, al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiera herido. Yo no podría desear una muerte semejante. Me parece importante proclamarlo. En efecto, no veo cómo podría alegrarme que este pueblo al que yo amo sea acusado, sin distinción, de mi asesinato. Sería pagar muy caro lo que se llamará, quizás, la "gracia del martirio" debérsela a un argelino, quienquiera que sea, sobre todo si él dice actuar en fidelidad a lo que él cree ser el Islam. Conozco el desprecio con que se ha podido rodear a los argelinos tomados globalmente. Conozco también las caricaturas del Islam fomentadas por un cierto islamismo. Es demasiado fácil creerse con la conciencia tranquila identificando este camino religioso con los integristas de sus extremistas. Argelia y el Islam, para mí son otra cosa, es un cuerpo y un alma. Lo he proclamado bastante, creo, conociendo bien todo lo que de ellos he recibido, encontrando muy a menudo en ellos el hilo conductor del Evangelio que aprendí sobre las rodillas de mi madre, mi primerísima Iglesia, precisamente en Argelia y, ya desde entonces, en el respeto de los creyentes musulmanes. Mi muerte, evidentemente, parecerá dar la razón a los que me han tratado, a la ligera, de ingenuo o de idealista: "¡qué diga ahora lo que piensa de esto!" Pero estos tienen que saber que por fin será liberada mi más punzante curiosidad. Entonces podré, si Dios así lo quiere, hundir mi mirada en la del Padre para contemplar con El a Sus hijos del Islam tal como El los ve, enteramente iluminados por la gloria de Cristo, frutos de Su Pasión, inundados por el Don del Espíritu, cuyo gozo secreto será siempre, el de establecer la comunión y restablecer la semejanza, jugando con las diferencias. Por esta vida perdida, totalmente mía y totalmente de ellos, doy gracias a Dios que parece haberla querido enteramente para este GOZO, contra y a pesar de todo. En este GRACIAS en el que está todo dicho, de ahora en más, sobre mi vida, yo os incluyo, por supuesto, amigos de ayer y de hoy, y a vosotros, amigos de aquí, junto a mi madre y mi padre, mis hermanas y hermanos y los suyos, ¡el céntuplo concedido, como fue prometido! Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este "A-DIOS" en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones felices en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío. AMEN! IN SHA'ALLAH!

Argel, 1 de diciembre de 1993

Tibhirine, 1 de enero de 1994

Christian.

Esto no es ni poesía, ni un discurso piadoso... es el grito de un corazón humano, sincero, cristificado. Ante el dolor, ante la violencia, tenemos este poder de pararla o de aumentarla. Tenemos este poder de rezar a Dios, primer dañado con nosotros, en nosotros, el primero en pedir piedad por sí mismo al menos en la misma medida o incluso más todavía que nosotros, dándonos la capacidad de amar a nuestro persecutor mismo. Ante la violencia, ¿puedo aceptar el ser llamada con Simón de Cirene a llevar la cruz?



(Feldmann)

Contemplad la mirada de Cristo que espera esta compasión, esta ayuda.



Yo no tengo ninguna solución ante el sufrimiento, pero estoy inquieta mientras Dios sea en él el gran olvidado, mientras no sea él el acusado. Cuando un niño sufre, ¿no sufren sus padres más todavía? ¡Qué decir de la inmensidad del sufrimiento de nuestro Dios y Padre! Ser portadoras de esperanza para Dios mismo... ¡Eso es esencial!

Sin duda espera de nosotros una mirada de amor para consolarle. Una mirada de compasión, mejor dicho. Una mirada dirigida a él, como al hermano, a la hermana que ofende. Una mirada que levanta.

### Esperar ante ... la muerte

Nuestra sociedad rechaza la muerte, trata de ocultarla, de negarla. La muerte, ¿no none un final brutal a las más bellas aspiraciones? Pero rechazarla quiere decir rechazar la realidad.

San Benito nos pide *tener la muerte presente ante los ojos cada día*<sup>16</sup>. No hay nada de enfermizo en esta invitación, es más bien una invitación a dar su peso a lo cotidiano y a asumir más y más nuestra propia muerte, para hacer de ella un crisol de vida, de nueva esperanza. Ante la barrera de la muerte, estoy enfrentada a la experiencia del límite en su más ruda forma. ¿Y si fuera libertad?

El día de mi Profesión, como manda San Benito, canté el *Suscipe*<sup>17</sup>. Este canto fundamenta mi vida en la promesa de Dios, en su fidelidad hacia mí. Aquel día, Dios no se comprometió a preservarme de la muerte, no me garantizó una vida sin fracaso, no me aseguró la perennidad ni de mi Comunidad ni de la Orden benedictina (o del desorden). Ese canto me ha confiado a la fidelidad de Dios. Un Dios fiel a sí mismo, tanto como a nosotros, un Dios que nos ha hecho libres, co-creadores y no marionetas en sus manos. Un Dios que nos guarda su amor sin poner condiciones. Un Dios que por fidelidad a su proyecto de amor, no ha preservado a su Hijo del sufrimiento, del fracaso, de la muerte. ¡Ved qué prevenidas estamos!

En el Simposio del 2006 hicimos una peregrinación a Norcia. Juntas renovamos nuestra Profesión y cantamos de nuevo el *Suscipe*. Este momento se ha quedado grabado en mi corazón. Imaginaos: ¡Que maravilla! Unas cien Benedictinas de todo el mundo expresando de nuevo juntas su compromiso. Podíamos haber convocado a la prensa y habernos encantado por la fecundidad de la vida benedictina o por no sé



<sup>16</sup> RB 4,47.

<sup>17</sup> Sal 119 (118),116 : *Suscipe me, Domine, secundum eloquium tuum et vivam, et non confundas me ab expectatione mea.*

qué éxitos. Pero eso no habría considerado en qué suelo se posaban nuestros pies. Estábamos en las ruinas de la iglesia de Santa Escolástica, una iglesia abandonada, en un estado triste, sin ni siquiera un banco para que las mayores se pudieran sentar. El jardinero, guardián del lugar, se debió de preguntar qué es lo que nos impulsa a elegir una iglesia en tan mal estado para una liturgia. ¿No hay bastantes iglesias espléndidas en Italia? No nos hemos comprometido a tener éxito, solamente a vivir. A vivir bajo el movimiento del Espíritu de este Dios que sopla donde él quiere, hasta en las ruinas, hasta sobre un montón de huesos resecos. Nos hemos comprometido a permitir a Dios soñar en nosotros sus sueños más apasionados, sus sueños que toman cuerpo y aliento en un pueblo nómada, frágil Comunión de pecadores. *Y la esperanza no nos defrauda...*<sup>18</sup>

Entregando toda nuestra vida a este Dios fiel, nos hemos comprometido con toda nuestra voluntad a una esperanza que no depende de nosotras. Esto puede parecer bastante paradójico. Pero tal compromiso que acepta la muerte en adelante, obtiene del *sí* una libertad, una increíble creatividad. Podemos arriesgar nuestra vida como un paso de danza sobre un campo de escombros. *Susipe me...* acógeme, Señor... o levántame, Señor.

(clip de la danza de dos discapacitados: <http://www.youtube.com/watch?v=4fEz9xGRgCo> )

### **Esperar ante ... mi pecado**



Si hay una realidad difícil de vivirla, ¿no es la conciencia de nuestro propio mal? Está ahí, presente en mi vida. ¿Cómo esperar todavía, mientras descubro cómo el mal teje su tejido y me ata en sus lazos? Quizá sin gravedad, quizá desastroso en sus consecuencias, el mal que yo cometo me desvía, me desanima.

Hay una tendencia frecuente que quiere librarnos de la culpabilidad aportando excusas, justificaciones. Efectivamente, es necesario discernir, mirar razonablemente la manera en la que vivimos, pensamos, hablamos, actuamos. Pero el reconocimiento de la falta en su desnudez, ¿no tiene que tener también su lugar? *El que practica la verdad, viene a la luz*<sup>19</sup>. Sí, ante el pecado, tenemos que aprender a decir, posiblemente con un poco más de espontaneidad que David: *he pecado*<sup>20</sup>. San Benito nos urge a abrir nuestros corazones<sup>21</sup>, en confianza, para estrellar contra la roca de Cristo nuestros pecados. Pasado este escalón en la escala de la humildad, es cuando la Regla comienza a llamarle al Hermano „Monje”<sup>22</sup>, es decir „unificado”<sup>23</sup>. ¡Etapas de humilde lucidez que nos habla de Dios!

En efecto, San Benito invita a *atribuir a Dios aquello de bueno que veo en mí y saber siempre que el mal lo he hecho yo*<sup>24</sup>. Este verso podría provocar un rechinar de dientes. Ciertamente se ha leído a veces como una tendencia malsana, morbosa hasta el autodesprecio y hasta denigrar lo humano. Pero, ¿no se puede leer de otra manera? ¿No podemos decir que en realidad dice

<sup>18</sup> Rom 5,5.

<sup>19</sup> Jn 3,21.

<sup>20</sup> 2 Samuel 12,13 ; 2 Samuel 24,10.17.

<sup>21</sup> RB 4,50.57 ; 7,44-48.

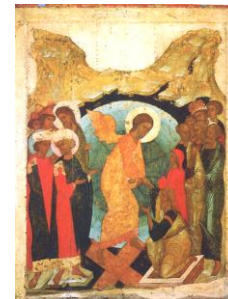
<sup>22</sup> RB 7,49 ; Como me lo ha remarcado Fr. François Dehotte, en el capítulo sobre la humildad, el término monje sólo aparece a partir del 6º grado de humildad, como para decirnos que es la franqueza del 5º grado (que trata de la apertura del corazón y de la humilde confesión de sus pecados) lo que hace de un Hermano un Monje.

<sup>23</sup> Según la etimología de la palabra monje (monachos). No quiere decir tanto estar solo, sino más bien unificado.

<sup>24</sup> RB 4,42-43.

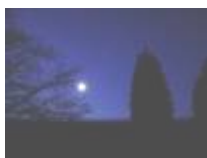
algo mucho más fundamental, a saber, la inocencia eterna de Dios? Dios es inocente del mal que reina en mi corazón, como es inocente de todo mal. Y es una gracia descubrir este rostro de nuestro Dios. Pues este Dios de eterna inocencia no puede ser el juez inflexible que condena sin apelación. Este Dios de eterna inocencia no puede ser más que bondad, infinita bondad, belleza. Porque es Eterna Inocencia, él perdona sin medida. Puro amor, él no puede más que purificar, perdonar.

Se comprende, por tanto, el acierto de este instrumento del arte espiritual: *no desesperar nunca de la misericordia de Dios*<sup>25</sup>. Si se nos caen de las manos todos los demás instrumentos, ¡sujetemos fuerte por lo menos éste! Dante, en su *Divina Comedia*, coloca estas letras sobre la puerta del infierno: *vosotros que entráis, dejad vuestra esperanza*<sup>26</sup>. Sí, mis pecados me colocan en el no-amor que es el infierno. Pero Dios está, su eterna inocencia, su apasionado amor de Padre, que da todo entregando a su Hijo. Está ese apasionado amor del Hijo que comparte todo hasta el punto de penetrar en este infierno que es mío, en lo más bajo, en lo más profundo. Es él, mi esperanza en pleno infierno. Desde el Viernes Santo, todo reconocimiento sincero de mi pecado me hace descubrir a Jesús, el cual carga con ella para libramme a mí.



Asimismo, cada momento nos ofrece la posibilidad de un cominezo nuevo: *hoy, comienzo de nuevo*<sup>27</sup>. Descubrir en el crisol mismo de mi pecado el rostro de mi Dios que me llama a contemplar su eterna bondad, su eterna inocencia, a saber que allí está Dios, y que esto basta<sup>28</sup>. Yo ya no puedo cantar el *Felix culpa* del *Exultet* sin emocionarme profundamente por esto. ¿No es un maravilloso canto de esperanza?

### Esperar en la noche



Finalmente, ¿no podríamos considerar muchas situaciones que nos hacen vivir como una noche?

Quisiera terminar evocando el capítulo 15 de la regla de San Benito: *En qué tiempos se dirá aleluya*. Dedicando un capítulo entero a este tema<sup>29</sup>, San

Benito demuestra la importancia que le da a este canto.

Aleluya: alabad a Dios; exhortación que lanzo a mi corazón, a los demás. Al mismo tiempo, alabanza directa a Dios: Dios, ¡tú eres maravilloso, tú nos encantas! San Benito no nos dice: alaba a Dios por tal y tal razón. Se trata más bien de alabarlo de manera absoluta, porque él es Dios, y es bueno en sí mismo. Este canto expresa un consentimiento a lo que es Dios, un consentimiento a lo que Dios mismo quiere ser.

La alabanza es la actitud modelo, todo lo contrario de lo que Benito teme por encima de todo: la murmuración, esa especie de descontento hipócrita, de crítica permanente o de lamento

<sup>25</sup> RB 4, 74 ; Siglos más tarde, Silouane será testigo de esto: horrorizado ante su pecado, no se atrevía a estar ante Dios. Percibió entonces esta palabra : *Tienes tu espíritu en el infierno, y no desesperes* (cf. Archimandrite SOPHRONY, *Starets Silouane, moine du Mont-Athos*, Paris, Présence, 1973, p. 201 s.).

<sup>26</sup> DANTE Alighieri, *La Divina Comedia*, El infierno, 3<sup>er</sup> canto: *Lasciate ogni speranza, voi che entrate*.

<sup>27</sup> Se sabe que esta célebre expresión „hoy comienzo” ha motivado muchas conversiones, aunque viene de una lectura probablemente falsa del Salmo 77 (76),11 (la versión hebrea no tiene esta expresión; sólo aparece en la LXX y en la Vulgata).

<sup>28</sup> Ver en este contexto : Eloi LECLERC, *Sagesse d'un pauvre*, Paris, Editions franciscaines, 1959, p.104 s.

<sup>29</sup> Tema muy debatido en la época de San Benito, según los comentaristas.

perpetuo; hace que el ser humano, en vez de abrirse en el canto a la plenitud de su ser, se repliega sobre una palabra gruñida, murmurada, que abate y lleva a la tristeza, por no decir que la cultiva; hace encerrarse en sí mismo en lugar de abrirse al otro, a lo absoluto del otro. La murmuración es, quizá, exactamente lo contrario de la esperanza. ¡O incluso su destructora!

Aleluya: es el canto pascual por excelencia, el canto de la victoria de la vida sobre la muerte, el canto de la victoria del bien, de lo bueno, de lo verdadero, es decir, del Amor sobre el mal, la mentira, el odio, la violencia. En este canto hay una opción de esperanza, una decisión de fe: no es una simple emoción.



Entonces, si este es el sentido del aleluya, ¿cuándo hay que cantarlo? ¿Hay que cantarlo cuando vivimos un camino de resurrección? ¿En el momento en el que el sol se levanta victorioso de la noche y de las tinieblas? Esta es la respuesta espontánea de los liturgistas; nos dicen convencidos de que hay que cantar el aleluya el día de Pascua, durante el tiempo pascual, el domingo, que es la Pascua de la semana, por fin en la Eucaristía, que es la Pascua durante el día. Para la liturgia de las Horas, apuntan directamente hacia las Laudes, cuando sale el sol.

Y ¿qué dice San Benito? Según él, es en el Oficio de la noche donde el aleluya encuentra su lugar cotidiano. En esta opción veo profundo realismo y no dulce ensoñación: acto de fe, participación real en el gesto de salvación. Tenemos la misión de abrir a nuestro Dios todas las zonas de aflicción, de tristeza en nuestro mundo, para que llegue allí la victoria de Pascua. Tenemos la misión de estar presentes ante Dios en estas situaciones, pues Dios es su primer afectado.

Se trata de llegar a ser con los discípulos testigos de la resurrección. ¿Como? No triunfando, ni tampoco en un cinismo que ignora la aflicción y el sufrimiento del otro. Llegar a ser testigos de la resurrección quiere decir llegar a serlo en la noche abierta, por decirlo así. Es en la noche de nuestro mundo que conviene a los monjes cantar el aleluya, expresar su esperanza.

Un himno<sup>30</sup> en las Vigilias de Cuaresma nos plantea la pregunta: *Las noches humanas, ¿llevan a Dios?* La respuesta no es „sí”. Pero: *la misericordia que las ilumina viene de él.* Las noches humanas no llevan necesariamente a Dios, la noche de los discípulos de Emaús les llevaba en dirección opuesta, pero Dios viene a encontrarse con el hombre en la noche, viene a iluminar su noche.

Para él, *¡lo mismo le son las tinieblas que la luz!*<sup>31</sup> Cada noche ofrecida a su mirada, abierta a su presencia, es luz, porque es Presencia y Comunión. La luz de Cristo ha agrietado las tinieblas de nuestro mundo. El Exultet canta: *¡Oh feliz noche!* Feliz no por sus tinieblas, sino porque está abierta a la luz de Cristo. ¿Es demasiado acordarse de esto cada noche? He aquí lo que nos pide San Benito: ser vigilantes y cantar el aleluya en medio de la noche de este mundo. Pertener a aquellos y aquellas que ofrecen la noche a Dios sin cesar, que ofrecen a su redención todas las noches humanas, que las abren al paso de su gracia.

<sup>30</sup> *Les nuits humaines*, texto de la CFC (Commission francophone cistercienne).

<sup>31</sup> Ps 139 (138), 12.

Para atreverse a cantar este canto de verdad, para lanzarlo desde la más profunda noche, hay que entrar con valentía en la noche, hay que tener el coraje de dejarle poner sobre nosotros su mano de hierro, atreverse a compartir la noche de tantos de nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo.

Sabremos oír su grito: „Guarda, ¿qué de la noche?“<sup>32</sup> Podríamos coger de nuevo el periódico de la mañana y leer la noche de los hombres, de las mujeres, de los niños de nuestro tiempo... ¿Percibimos su noche? ¿La compartimos? Un Espiritual Negro reprochaba a Dios de haber hecho la noche demasiado larga<sup>33</sup>. El Padre Duval lo canta a su manera: *¿Por qué, Señor que hiciste el mundo, por qué hiciste la noche tan larga, tan larga, tan larga para mí?*<sup>34</sup> Mas Dios, ¿no es el primero en sufrirla?

Noche humana, noche de Dios, es exactamente lo mismo. La noche que vivimos, que viven nuestros hermanos y hermanas, Dios la vive mucho antes que nosotros. Escuchar en el vacío del latido del corazón de nuestro mundo, el latido del corazón de nuestro Dios. Acoger humanamente la noche actual de nuestros hermanos y hermanas. Acogerla profundamente y leer la noche de nuestro Dios. No nos informamos simplemente para alimentar nuestra curiosidad o, con más piedad, para dar alimento a nuestras plegarias universales, sino que percibimos el grito de nuestro Dios a través del grito de nuestra humanidad. Dios penetra en nuestras noches, las habita, las vive. No hay dos noches, aquella del hombre y aquella de Dios, podríamos decir parafraseando a Lacordaire<sup>35</sup>: No hay dos noches; si tú quieres conocer la noche de Dios, desciende a la tuya, añade solamente la infinitud. ¡Añadir la infinitud! ¡Terrible y de todas formas tan real! ¿Quién puede vivir la noche de tantos de sus hijos mejor que nuestro Dios? ¿Quién puede comprenderla de corazón, sino nuestro Dios?

No cantaremos „aleluya“ en la euforia, como si todos habríamos emigrado a un séptimo cielo olvidando la realidad y el sufrimiento del pecado, del mal. Pero lo cantaremos compartiendo con nuestro Dios todas las noches humanas, consolando a nuestro Dios todo lo que nos sea

<sup>32</sup> Is 21,11.

<sup>33</sup> « Has hecho fluir los ríos, florecer las flores;  
Tú has hecho lo fuerte y lo débil;  
Pero, Señor, has hecho la noche demasiado larga.  
Tú has hecho cantar a los petirrojos los aires de la primavera;  
y a mí me has hecho cantar un canto solitario.  
Pero, ¿por qué has hecho la noche tan larga...?  
Tú has creado las altas montañas, la tierra, el cielo;  
¿Quién soy yo para reprocharte ?  
Pero, Señor, has hecho la noche demasiado larga. »  
Citado en Bernard BRO, *Dieu seul est humain*, Paris, Cerf, 1973, pp. 231-232.

<sup>34</sup>

**LA NOCHE (para aquellos que no pueden dormir)**

*Texto y música: Aimé Duval. © Auvidis*

**Oh, ¿por qué, por qué, por qué, Señor?**

**¿Por qué, Señor que hiciste el mundo,**

**por qué hiciste la noche tan larga,**

**tan larga, tan larga, tan larga para mí?**

1. Tú creaste el día y el sol,  
con los sueños para dormir... Oh !
  2. Tú hiciste el marfil, el ébano negro,  
con la nieve encima de los tejados... Oh !
  3. Tú creaste un día de un poco de tierra  
el corazón del hombre y su misterio... Oh !
  4. Tu creaste, gracias, nuestra amistad...  
para compartir todo por la mitad... Oh !
- Amén.**

<sup>35</sup> Lacordaire dice respecto al amor: “No hay dos amores, amigo mío; el amor del cielo y de la tierra es lo mismo, salvo que el amor del cielo es infinito. Cuando quieras conocer lo que Dios siente, escucha el latido de tu corazón y añádele solamente lo infinito.” *Lettre à un jeune homme*, 1838.

posible en todas estas noches que nosotros le causamos en nuestro mundo. Pues en la noche él muchas veces no oye más que nuestros gritos. Mientras lleva en su corazón todas nuestras heridas, ¿quién le consuela?

Cantar el aleluya en la noche quiere decir dejar transformar nuestros puntos de vista, nuestra manera de pensar; es una conversión íntima que nos lleva irresistiblemente sobre las huellas de Jesús crucificado y resucitado. Este canto nos invita a divisar el despertar de la aurora, a quedarnos de pie, como el vigilante, como el pájaro que con su canto quiere despertar el día. Tenemos este poder de apresurar la venida del día, como lo dice San Pedro: *¿Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios (...)!<sup>36</sup>*

Cantar el aleluya nos permite estar al lado de nuestro Dios en todo tiempo. ¡También por él! Este aleluya nos es ofrecido, nos es confiado. A nosotras nos corresponde llegar a serlo. A nosotras nos corresponde llegar a serlo por nuestra esperanza. ¡Aunque seamos frágiles! ¡Porque somos frágiles!

(Música: aleluya)

---

<sup>36</sup> Cf. 2 Pe 3,12.